

EL PROBLEMA DEL ARCA

Fernando Solana Olivares

Escritor. Director del Museo de Arte Contemporáneo de Oaxaca

Tajantemente lacónico, brillantemente lacónico, Eduardo Subirats concluye, en los excursos o textos complementarios que integran esta nueva edición de su conocido ensayo, *La cultura como espectáculo*, que ahora se llama *Culturas virtuales*, quizá para desmarcarse un poco de Guy Debord y su libro esencial *La sociedad del espectáculo*, pero esto es un excurso, es decir, una digresión. Sucintamente, pues, Subirats escribe que la transformación planetaria de la política como espectáculo supone la destrucción de la sociedad civil y «plantea una necesaria revisión del concepto de democracia real frente a los graves dilemas de nuestro fin de siglo».

Para llegar a este punto, uno de los ejes conceptuales y filosóficos de la posmodernidad: la revisión del concepto de democracia ante su precariedad y disfuncionalidad actuales, Subirats ha producido un veloz y concentrado aparato de reflexión sobre la espectacular transformación del capitalismo tardío, del tardocapitalismo, como lo llama él, que incluye el análisis de la transformación de la cultura tardomoderna en un simulacro, la disolución de los valores ideales de las filosofías racionalistas europeas, la degradación de las estructuras de interés común como formas políticas que garanticen niveles aceptables de

mundanidad, el vaciamiento moral, la despersonalización y el empobrecimiento de la experiencia humana en las concentraciones y hacinamientos urbanos de la época, la virtualidad electrónica ontológicamente existente, en fin, un veloz, concentrado y amargo aparato de reflexión, cuya lectura sólo puede llevar a una operación de doble vía: aceptar que la época es atroz, y comenzar con esa aceptación un movimiento, cuando menos intelectual, que tarde o temprano, mucho o poco, permita transformar la dura y catastrófica intemperie a la que llamamos actualidad.

121

La condensada amargura del ensayo de Subirats es inicial e indispensable. Es decir: no hay crítica de la cultura si no se realiza al margen de las pautas meramente emocionales, inútiles para cualquier racionalidad, del optimismo o el pesimismo. Y Subirats es miembro de un linaje intelectual mucho más amplio de lo que él mismo menciona, cuya tarea consiste en poner en curso la consigna del situacionista Vaneigem: «reconstruir la vida, rebatir el mundo», sin falsas complacencias o concesiones al pensamiento políticamente correcto o a las innumerables formas del engaño sobre la naturaleza y las consecuencias de lo real.

Pykros, agua amarga, llama la alquimia al proceso donde la conciencia del adepto comienza

a ver la realidad. La realidad de nuestra época sin síntesis se antoja terminal, en proceso de colapso o francamente apocalíptica, tan contundente como Subirats la describe, con su habitual parquedad prosística de gruesos pero eficaces trazos, sin manierismos estilísticos o preocupaciones pedagógicas. Fulmineos circuitos eléctricos de verbo, sujeto y predicado: así escribe Subirats, y así cuenta nuestra amarga, globalizada, mediática y virtual momento histórico.

122

La condición de advertencia —en el mejor sentido del término, es decir, como alerta para la conciencia— que vigorosamente conserva *Culturas virtuales* desde su primera edición en 1988, le permite establecer sus aseveraciones sobre el estado que guarda lo real con una cierta urgencia perentoria, que excluye matices, digresiones y verbos condicionados en aras de ganar contundencia afirmativa. Por dicha razón, que no es otra cosa que lo que suele llamarse *economía narrativa*, hay ciertas inclinaciones, ciertos juicios, ciertas generalizaciones, que podrían formularse de un modo adicional. Por ejemplo, el brillante y lapidario análisis de la omnipresente autonomía operante de la sociedad del espectáculo y su carácter de simulacro vuelto naturaleza en los centros planetarios de poder, debería seguirse hacia el único corto circuito posible ante la hegemonización mediática actual: el ámbito de cada individuo, donde continúa siendo posible o apagar la televisión, esa entidad orwelliana, o simplemente no contar con energía eléctrica para conectarse a una realidad masiva, que sin embargo también se compone de excepciones.

Es el mismo caso cuando el breve y concentrado espacio del ensayo parece establecer una fascinación excesiva en el concepto de vanguardia, tan agudamente visto por otra parte, pero que se considera emblemático y representativo de una sustancia tan compleja como es el arte, diga lo que diga cualquier ismo analítico en torno a su denominación y significado, trátese o no del anuncio de su muerte o total cosificación mercantil. O cuando parece concentrarse el arco histórico que alberga la sociedad del espectáculo como si fuera condición de la modernidad y no herencia, o permanencia civilizacional, desde la vieja Roma y su cultura de gladiadores, la misma —a otra escala, sin duda— que alienta hoy. O la no mención de los movimientos místicos milenaristas medievales como también antecedente del situacionismo y su aspiración escatológica.

Quizá estos ejemplos pequen precisamente de una valoración sobre intersticios culturales de nuestro momento histórico, que no están subordinados centralmente por el aparato mediático que fabrica la realidad, el comportamiento, la acción política de las masas tardomodernas, intersticios que el propio Subirats parece apreciar como formas resistentes o emplazamientos inmunológicos donde el futuro de la civilización contemporánea, si lo hay, puede comenzar a gestarse. No conozco aún el libro anterior de Subirats (*Linterna mágica*) y no sé si en él su reflexión desarrolla el análisis de movimientos que parecen significarle alternativas y condicionamientos positivos del futuro inmediato, como los mismos que menciona: el pacifismo de los años

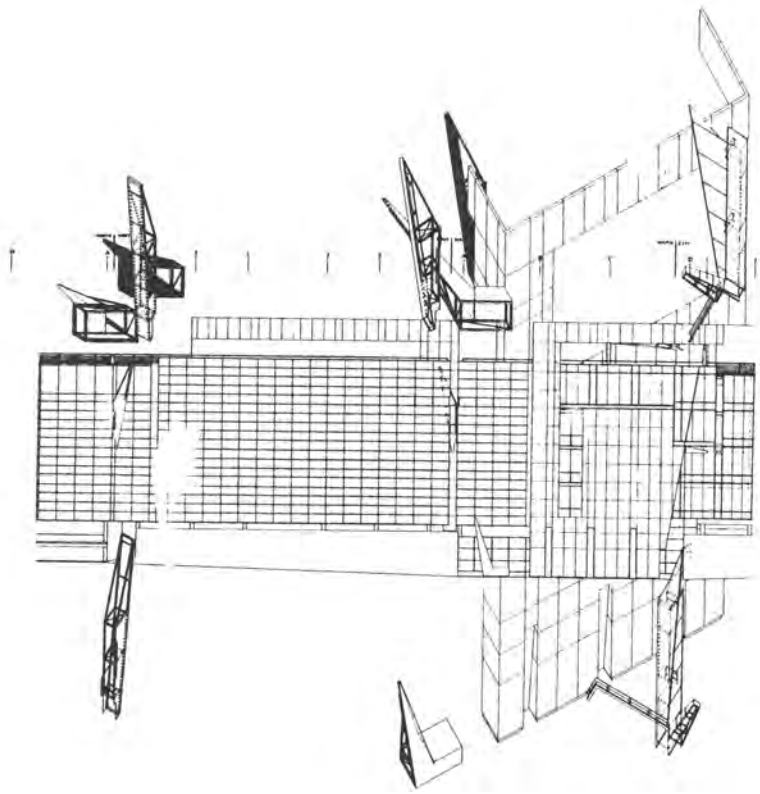
ochenta, los movimientos de defensa de los derechos humanos y los grupos y estrategias de defensa de la naturaleza, de rescate y protección de lo que Subirats llama *memorias culturales*, todo ello una dimensión constructiva delante de la erosión exponencial de los problemas sociales y existenciales causados por la noción de progreso y su resultado monstruoso: la destitución de la experiencia estética en la vida contemporánea, reducida a *design*, la transformación de la civilización postindustrial en el valle de lágrimas y programas electrónicas más agobiante que la civilización pudiera fabricar.

No sé si Subirats ha avanzado en la codificación actual de lo que Benjamin llamó iluminación profana, una condición que parece el único método practicable para la tardomodernidad personal: «hacer estallar las fuerzas ocultas, contenidas o constreñidas en las cosas y los humanos, y poner en contacto el mundo de nuestros objetos y nuestros deseos con la transformación de nuestro entorno», si ha empleado su penetrante intuición para ir levantando la nueva cartografía de un futuro posible, o si la dureza de lo real no permite ya ningún síntoma de esperanza. Pero no parece

que esta inteligencia, aun leyendo la gravedad de su mirada, abandone la tarea de pensar, así sea tan incandescente como algunas de sus páginas resultan, porque la única salvación posible consiste en saber qué, quién y cómo es infierno y no hacerlo durar ni darle espacio. Esa tarea desproporcionada comienza como Subirats saca las cuentas de la época: contado lo que es sustancial.

Todo fin de época es el fin de una ilusión. Éste no es la excepción. Y si Subirats nos ha ayudado para saber sobre ese fin y aceptarlo, ahora debe auxiliarnos igual para atisbar las formas de las cosas que vendrán, los términos de sus variantes, las circunstancias de las excepciones, los signos de su manifestación. Acabará de construir así su versión del arca. En *Culturas virtuales* cuenta las razones del Diluvio. Nos debe, se debe, la parte complementaria: imaginar cómo será la nueva tierra donde la lluvia escampe, y la cultura humana produzca de nuevo esperanzas legítimas, certezas mínimas, un sentido que de nuevo pueda llamarse común.

■ EDUARDO SUBIRATS, *Culturas virtuales*. Biblioteca Nueva, Colección Metrópoli. Los espacios de la arquitectura, Madrid, 2001. ■



Morphosis. Performing Arts Pavilion, Los Angeles.